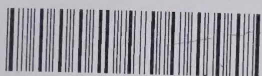
Las Siete Estrellas
de Francia

Belmonte Bermúdez


a 00003 481020

COMEDIA FAMOSA.

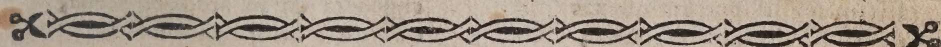
LAS SIETE ESTRELLAS DE FRANCIA.

SAN BRUNO.

DE DON LUIS DE BELMONTE.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Carlos, Rey de Francia.
Bruno, Galàn.
El Duque de Orliens, Galàn.
Dineo, Barba.
Matilde, Dama.
Margarita, Dama.
Celia, Graciosa.
Beltràn, Gracioso.
Un Angel.
El Demonio.
Musica. Damas.
Acompañamiento.



JORNADA PRIMERA.

Sale Beltràn, Gracioso, de Gorron.

Beltr. QUe venga un hombre de bien
à cursar à las Escuelas
de Parìs, desde Galicia,
trayendo el dinero en letras,
que se estàn por estudiar?
harto mejor se professan
en Esquivias, que en Parìs.
Grande es la Corte Francesa,
y si en ella me acomodo,
serà una de sus grandezas:
mas què voces vàn haciendo
complices à las orejas,
pues se meten à escuchar
lo que no es ya por su cuenta?
Valganme diez Refectorios:
vive Dios, que la pendencia
me quiere preguntar algo,
pues viene con tanta priessa. *Escondese.*

Salen de Estudiantes Bruno, con espada desnuda, y Dinèo.

Dinèo. Què es esto, Bruno?
Bruno. Dinèo,
lo que vès. *Dinèo.* Assi desprecias
con escandalos tan nuevos
los Estudios que professas?
No miras à Dios? no miras
tu honor? no miras las lenguas
del vulgo, que ya te ofenden
con tan publica licencia,
que el escandalo te llaman
de Parìs? Mira que dexas
burladas las esperanzas
de tus padres: las Escuelas
por inquieto te aborrecen,
manchando con insolencias,
Bruno, la nobleza ilustre
que heredaste. No, no pierdas

mercedes que por tu padre
te hace el Rey, que ya grangea
Bulas de Roma, y la gracia
de una Canongìa, sin estas
mercedes, otras mayores,
como prosigas las Letras.
Tu padre es (què gran favor!)
Camarero de su Alteza,
y por èl te quiere honrar;
pero advierte::-

Bruno. Què hay que advierta?

Dinèo. Que Numa, y Trajano son
desiguales competencias,
si à la justicia del Rey
atrevidamente llegan;
que no hay en nuestras edades,
ni en las futuras se esperan
exemplares mas gloriosos,
que los que el mundo celebra
del Christianissimo Carlos
Octavo, con tan severa
justicia, que no perdona
(perdone aqui la clemencia)
al Delfin su hijo, preso
seis meses hà por las quexas
de un Ciudadano ofendido;
porque con tirana fuerza
quiso, escalando su casa,
robarle una hermosa prenda
de dos hijas, que tenia:
y para que se divierta
el Pueblo, que està quexoso
de que à su Principe tenga
preso el Rey, hace en Parìs
los regocijos, y fiestas
que veis prevenidos: tanto
en su pecho heroico reyna
la justicia. Y quando al Rey
(si esto es possible) no temas,
teme cercanas desdichas
de tu muerte, que la cuenta
siempre el Sabio tan vecina
de aquellas luces primeras,
donde comienza la vida,
blandos soplos que la alientan,
(que, entre el Oriente, y su Ocaso,
blanca luz, y sombra negra;
entre el sepulcro, y la cuna,
risa breve, y larga pena;
entre la flor, y el olvido,
que parece que la espera
la selva para olvidarla,
pues la burla, y la festeja
tan à un tiempo, que ella misma
de recibir se averguenza
limosnas entre desmayos,
entre agassajos ofensas;
pues flor, Ocaso, y Oriente,
sombra, luz, olvido, y selva,
cuna, lisonja, y sepulcro,
tanto se enlazan, y estrechan)
que el que lo contempla, mira
que un sueño los diferencia.
Viò un Santo en revelacion
la dificultosa enmienda
de un pecador obstinado:
viò una profunda caverna,
en cuyo centro asqueroso
estaban la boca abierta
(muestras de su hambrienta furia)
tanta mortal diferencia
de serpientes, que la Livia
engendra en su ardiente arena,
que unas arrojando matan,
como otras matando esperan:
Y viò pendiente de un arbol
à un hombre, que su defensa
era un delgado cabello,
que en el aire le sustenta,
y un brazo con una espada
tan aguda, y tan sobervia,
como si el cabello fuesse,
para su tràgica empressa,
las coyundas de Alexandro,
ò la compuesta materia
de metales, donde el bronce
sobre los siglos campèa.
Y el hombre en las amenazas
de una execucion sangrienta
(pues entre ella, y el castigo
un cabello se atraviessa,
tan olvidado, y tan loco,
que viendo en una floresta
entre musicas, y bailes,
que fantasticos le alegran,
las figuras de sus vicios)

con

con desesperadas fuerzas
queria (lastima grande !)
romper èl mismo la cuerda
hecha de un cabello solo,
para arrojarse à la tierra,
donde los vicios le llaman;
sin advertir, que era fuerza,
en cortando el lazo inutil,
despeñarse en las sangrientas
bocas, que hambrientas le aguardan
para que perezca en ellas.
Tù eres el hombre, que pinto,
que entre sierpes, y culebras,
abismos, deleites, furias,
arboles, espadas, cuerdas,
peligros, obstinaciones,
ni te assombran, ni te enmiendan.

Bruno. Has dicho? *Dinèo.* Lo que bastàra
al corazon de una piedra.

Bruno. Quieres escucharme? *Dinèo.* Si.

Bruno. Pues escucha, y tèn paciencia;
que suelen los pecadores
como yo, causar molestias,
y enfado con sus palabras
à los que virtud professan.
Tù eres Santo, tus virtudes,
acreditadas con letras,
te han hecho digno Maestro
del Principe: tù grangeas,
con vida exemplar, al Pueblo,
que te aclama, y te respeta;
porque te corren, Dinèo,
obligaciones estrechas
por el oficio, y el nombre;
y aunque es una misma cuenta
la que debemos hacer
los que à la sagrada Iglesia
llamamos Madre, yo soy
mas mozo, la edad se arriesga
con el ardor, y la sangre.
Viste acaso en la dolencia
mas peligrosa à un enfermo,
que la salud le recetan
en los templados manjares;
y aunque èl conozca, y vea
los que le han de dar la muerte,
pide con ansias estrechas,
porque estorva el apetito,
quanto la razon ordena?
Assi yo, en la juventud
tan arriesgado, aunque advierta
la salud, que busca el alma,
en lo que tù me aconsejas,
como el amigo mayor,
el apetito se ciega
despeñado en desatinos,
donde corriendo tropieza;
pero ofrecense ocasiones
por desdicha de mi estrella,
que el escusarlas serìa
para un hombre honrado afrenta;
Soy inclinado à las armas,
y con espada, y rodela
gasto de noche las horas,
porque ellas no se me pierdan.
La ocasion de ahora fue
resulta de una pendencia
de anoche, que un Capuchino
fuera milagro perderla.
Passè, pues, por cierta calle,
pidiendo al ocio licencia,
descuidado, como solo;
y hallando una casa abierta,
oigo descompuestas voces,
y entro à vèr la causa de ellas;
hallo al dueño de la casa,
que dos hombres le atropellan
con villanas amenazas,
sin que al pobre le valieran
las escusas, que ofrecian
su templanza, y su modestia.
Su muger los ayudaba
(mas què Christiana sobervia!)
que eran los dos sus hermanos,
à quien con voces, y quexas
contra el marido incitaba.
Pregunto: aqui la paciencia
fuera de provecho? no,
que el marido con tenerla,
le vì à riesgo que los dos
le matassen: mi presencia
les detuvo; supe el caso:
pero no aguardè à que fueran
por la absolucion à Roma.

Dinèo. Pues siendo la causa agena,
la tomas por propia? *Bruno.* Yo

no he de sufrir desverguenzas.
Beltr. Buenas Pasquas te dè Dios;
à este estudiante sirviera
sin blanca. *Bruno.* Los dos, al fin,
con engañadas promessas,
casaron à aquel buen hombre
con su hermana, sin que viera
por el dote prometido
en tres años mas que ofensas;
diciendole: no bastaba,
que le honràramos con ella?
Regalada, y muy servida
la ha de tener::- *Beltr.* En salmuera.
Bruno. Y en faltandole dineros,
que los hurte, ò que se venda,
que para esso se la dimos.
Casi con lagrimas tiernas,
quedò el marido: mirèlos,
y por darles la respuesta
de una vez, saquè la espada,
y presumo, si me esperan,
que dexo libre al marido,
porque la muger no tenga,
sino à Dios à quien quexarse
(si Dios oye injustas quexas:)
salieron los cuñaditos
trompicando. *Beltr.* Pues si acierta
mi dicha à estàr yo en la calle,
tenemos boda Francesa.
Bruno. Huyeron; fuime à mi casa:
cerrò el marido la puerta,
confuso, y agradecido:
y ahora con la impaciencia
quizà de verse cobardes
anoche, ò porque me encuentran
solo, y sin armas, juntando
los que viste (què verguenza
afrentosa!) me acometen;
milagro de mi defensa
fue vèr descuidado à un hombre,
que por la calle atraviessa,
à quien le quitè la espada:
hice lo que vès con ella,
hiriendo, y atropellando,
sin que hallasse resistencia
en el villano esquadron;
que no es posible que sea
valiente, ni hombre de bien
ninguno de ellos, que es prueba
de cobardes la ventaja,
y las voces es flaqueza,
y todo junto es infamia.
Ya te he dado larga cuenta
del sucesso, lo demàs,
con imposibles peleas:
si pretendes reducirme,
que en la barbara aspereza
de la Scitia podràs vèr
la nieve en ardientes ebras,
pespuntar el monte à rayos,
y entre los claustros del Etna,
donde pone estanco el fuego,
para que incendios aprendan
los homenages de Troya;
veràs en fuentes risueñas,
peinar cristales el Alva
copo à copo, y perla à perla:
correr los campos del Mar
el Tigre, cargar las velas
al Austro el Baxèl sobervio,
siendo el pielago las selvas;
hacer estacion de flores
el Sol en vez de Planetas:
cultivar agreste mano
por manutisas estrellas,
primero que mis deseos
pueda enfrenarlos tu lengua.
Dinèo. Feròz intento!
Llega Beltràn. Señor,
quiere llegarse à mi tierra,
le entregarè dos cuñados?
Dinèo. Què hombre es este?
Bruno. En la voz muestra,
que no es Francès. *Beltr.* Español
he de ser hasta que muera,
porque no puede ser menos.
Estuve con alma atenta
oyendo sus circunloquios,
y me agradan de manera
por el colerico impulso
(que la letra con sangre entra)
que casi casi me inclino
à que vuesarced me tenga
por su huesped muchos dias;
porque si al cabo le alegran
las travessuras, yo irè

à

à traerle una pendencia
desde el Cairo; y si por dicha
quieren registrarla, ò verla
guardas de los puertos secos,
traerè dos, si ellos me esperan,
mi pendencia en las alforjas,
y la suya en la maleta.

Bruno. Estremado humor, Dinèo!

Dinèo. Estos hombres te contentan.

Beltr. Tambien me contenta à mì
este hidalgo, y no es pequeña
suerte la conformacion,
para que luego me entienda.

Bruno. Còmo te llamas? *Beltr.* Beltràn,
que traigo la polvareda
conmigo, y no he de parar
hasta que el mundo se pierda
en mis arenales. *Bruno.* Bien:
has estudiado? *Beltr.* En Noruega.

Bruno. Còmo? *Beltr.* Estudiaba de noche,
pero siempre con linterna.

Bruno. Quieres servirme? *Beltr.* A esso voy.

Bruno. Por el aliento que muestras
te recibo: mis criados
estudian, pero pelean.

Beltr. Comen? *Bruno.* Muy bien.

Beltr. Esso basta,
que es la verdadera ciencia:
las letras quieren espacio,
priva con ellas la flema;
y si andan mucho, una coma
les pongo al pie de la letra.
Lo que toca al batallar,
hay dias, porque si aciertas
à reñir en los cobardes,
de mì no hay que hacer mas cuenta,
que de una liebre en ayunas:
es influxo, no hay quien pueda
turbar el orden celeste.

Bruno. Pues dime, què dias te quedan
para reñir, los Domingos?

Beltr. Yo no quebranto las fiestas,
porque reñir es trabajo.

Bruno. Y los Lunes? *Beltr.* Quien empieza
las semanas con disgustos,
aunque se los dè una suegra?

Bruno. Los Martes?

Beltr. Aun los Mendozas
pienso que lo regatean,
con ser el mismo valor.

Bruno. Luego al Miercoles apela
el tuyo? *Beltr.* Còmo, si traigo
el habito de la Reyna
de los Angeles, y ayuno
siempre à pan, y verengenas,
que quitaràn una gana
de reñir en diez tabernas?

Bruno. Los Jueves?

Beltr. Entra el del Corpus,
y es muy poca reverencia.

Bruno. Y los Viernes? *Beltr.* Soy de purga,
y los Sabados es fuerza
ir à lavar la camisa,
y doy de noche la buelta.

Bruno. Pues no hay mas en la semana.

Beltr. Por Dios, aunque los huviera.

Bruno. Por lo menos servirà
de llevarme la rodela
de noche: guarda esta espada. *Dasela.*

Beltr. Y la tendrè manifiesta
hasta que truene. *Dinèo.* Què ciego
estàs! *Beltr.* De un coche se apea
una Dama, que aunque encubre
toda la fachada, muestra
en el talle señorìo,
como en las galas belleza.

Bruno. Acà se inclina. *Dinèo.* Querràs,
Bruno, detenerte à verla?

Bruno. Si ella gusta, claro està.

Dinèo. Pues tan poco te aprovechan
mis consejos, es forzoso,
que despeñado te pierdas. *Vase.*

Bruno. Bizarra muger!

Sale Matilde, Dama, tapada.

Matilde. Si tienes,
Bruno, como la opinion,
las obras, buena ocasion
oy à tu valor previenes.
Si te arrojas atrevido,
si te alientas empeñado,
ilustre serà el cuidado,
y de pocos merecido.
Libraràs una muger
del mas afrentoso agravio,
que mostrò pluma, ni labio,
si igual suyo pudo haver.

Prin-

Principes hay, y Señores
en Francia de quien fiar
mi honor; mas diera lugar
à pretendidos favores,
que escucho; porque nacì,
Bruno, para solo un dueño,
y aunque es terrible el empeño,
quiero fiarme de tì:
pues quando favor me dès
con tu bizarro valor,
seràs en guardar mi honor,
mas que valiente, cortès.
Bruno. Aunque el ser muger bastàra,
sin excepcion de belleza,
porque la naturaleza
las defiende, y las ampara,
con dichosa inclinacion,
el saber quien sois, serà
un valor, que aumentarà
la primera obligacion.
Descubrese Matilde.
Matilde? señora? es sueño?
Matilde. Pues mi pena he de contar,
tambien te puedo fiar
los ojos. *Bruno.* Glorioso empeño!
Pero quisiera saber
de quien os podeis quexar,
que en viendoles, què lugar
les queda para ofender?
no han de cegar sin arder?
Pues si yo, que he de obligaros,
quedo, en llegando à miraros,
ciego en vuestros rayos bellos,
còmo quedaràn aquellos
de quien pretendo vengaros?
Sabeis què vengo à pensar?
que el castigo haveis templado,
porque haveis considerado,
que es mucha muerte el mirar;
porque quereros vengar,
su muerte fuera querer
solo con dexaros vèr:
que no os vieron presumì,
porque al verlos, como à mì,
no fuera yo menester.
Matilde. Còmo corteses lisonjas
puedo admitirlas? Mi padre::-
ya lo sabes. *Bruno.* Que sois hija
del gran Duque de Ferràra.
Matilde. Vamos por lo que es notorio
gastando breves palabras:
lleguè à Francia::-
Bruno. Y vuestras bodas
sè que el mismo Rey las trata;
que vuestro padre os embia,
con la pompa mas bizarra,
que viò el aplauso festivo
de las lisonjas Romanas,
à casaros con el Duque
de Orliens, de la sangre, y casa
de Balois; que si el Delfin
(no lo quiera Dios) faltàra,
pusiera las Lises de oro
en su Corona por armas.
Matil. Pues de essas grandezas, Bruno,
como traidoras aljavas,
prestando el arco los zelos,
flechò el desprecio mis ansias.
Bruno. Ahora entra lo que ignoro.
Matilde. Lo que ignoras, es la causa,
no el sugeto; es Margarita
hija del Duque de Mantua.
Bruno. Sè que su madre era prima
de la Reyna, cuyas plantas
pisan alfombras de estrellas,
que lucen mas al pisarlas.
Matilde. Vino à Parìs Margarita
tan en su florida infancia,
que se quexò el quinto Abril,
que no le cumpliò en su patria.
Bruno. Muriò la Reyna su tia,
y ella por templar desgracias,
le daba al suelo Francès
por cada memoria un alma.
Matilde. Es sugeto para un Rey:
pero el Duque à la inconstancia,
en golfos de necio olvido,
entregò mis esperanzas.
A Margarita pretende,
tan à mis ojos, que mancha
la pureza del sossiego,
con que descansaba el alma,
en la possession vecina,
que ya es su memoria infamia.
No los pàlidos umbrales
de la muerte en las tiranas

ſolicitudes ſangrientas
del verdugo, que amenaza
la humilde inocente vida
en cuchillo, fuego, y braſas,
me cauſan mas ſobreſaltos,
ni mas horrores me cauſan,
que el nombre, memoria, y viſta
del Duque. En las ſombras pardas,
por las auſencias del Sol,
con que ſe corona Hircania
de la robuſta vejèz
de aliſos, freſnos, y ayas,
ſe ha viſto manchado Tigre
(pinta tù miſmo la rabia)
con que verdugo impaciente
los arboles deſpedaza,
à los vientos deſafia,
à las piedras deſencaxa,
viendo robados ſus hijos;
y tanto, que cada mancha
de la piel es un borron
de la vida, que le aguarda;
ſin que el venablo le ſirva,
ſin que los perros le valgan;
que donde troncos, y peñas
ſon ariſtas, y ſon pajas,
què han de hacer venablo, y perros
ſino rendirſe à las armas
del bruto, que eſcandaliza
con bufidos la montaña,
con monumentos la ſelva,
y con purpura la grama?
Pues eſta imagen, que pinto,
de eſta furia, es copia falſa
del Duque, porque es mas bruto,
que el fiero parto de Hircania.
Yo he de auſentarme à ſus ojos,
yo he de olvidarme de Francia,
con mi auſencia: no te pido
conſejo, que en èl ſe agravian
deſeſperados decretos
de una reſuelta venganza:
ſolo atrevimientos, ſolo
libertades deſpeñadas
pido à tu brazo, ſi quieres
ſer voz de tu miſma fama.

Bruno. Los peligros te aſſeguro,
aunque libre toda Francia
ſu poder en el mas corto:
eſſos te ofrece mi eſpada,
ni temerlos, ni dudarlos,
haſta que à tus plantas caiga
por blaſon de acometerlos,
borrando edades paſſadas,
con el triunfo del morir
por tan belliſsima cauſa.
No aſſeguro los ſuceſſos,
que los proſperos los tratan
mas que no el valor, la dicha.

Matilde. El que los emprende, alhaga
à la fortuna, y le quita
lo que à los medroſos guarda.

Bruno. Solo una duda me queda,
porque el ſuceſſo ignoraba;
que preſumì, que las quexas,
que en ſu olvido ſon venganzas,
eran del Conde Rodulfo,
que con licencias paſſadas,
que el eſcandalo le ofrece,
como vè que no ſe caſa
el Duque, te ſolicita,
ſiguiendo tus paſſos, haſta
que deſenfrenado el vulgo
le dà en tu nombre eſperanzas.

Matilde. Aunque atrevido, y groſſero,
ſin darle mis ojos cauſa
mas de penſar de que en ellos
hay incendios que le abraſſan,
me quiere, en fin; y haſta ahora
no vì en hiſtorias paſſadas
à muger que ſolamente
de querida, ò de olvidada,
ſi, porque halla en lo querido
(ſin tenerlas) muchas gracias,
y en lo olvidado (aunque hermoſa)
deſcubre infinitas faltas;
y aſsi, perdonando al Conde,
aunque de impoſsibles trata,
guardo furias para el Duque,
ſi quien ſe auſenta las guarda.

Bruno. Deſpreciate el Duque? *Matilde.* Si.

Bruno. Pues eſſe no me embaraza,
el Conde sì, que te adora,
que ſi dices que te enfada,
no dices que le aborreces:
y mientras dexas à Francia,

no

no porque yo lo merezca,
mas por tener grangeada
contigo (pues que me pides
favor) opinion bizarra
de que te sabrè quitar
los encuentros que te cansan.
Si le encuentro, si le veo,
donde en señas, ò palabras
forme burladas quimeras
de sus cortas esperanzas,
le he de matar, vive el Cielo.

Matilde. Advierte::-

Bruno. Ha de ser mañana
mi partida? *Matilde.* Y con secreto,
porque si mi intento alcanza
el Rey, que lo estorve es fuerza.

Bruno. Pues no ha de vernos el Alva
en Parìs; mas por desvelo
de las sospechas villanas,
linces de acciones agenas,
importa que no hagas falta
al farao de aquesta noche
en Palacio. *Matilde.* Assegurada
en tu valor doy la buelta,
pero à esperar mas desgracias.

Bruno. Què dices?

Matilde. Que viene el Duque. *Cubrese.*

Bruno. Cubrete, y venga.

Beltr. Què mandas?

Bruno. Hasme entendido? *Beltr.* Soy lerdo?
primero ojearè una espada,
que un libro. *Bruno.* Buen Español!

Al paño el Duque. La carroza, y las criadas
son de Matilde, y hablando
està una Dama tapada
à Bruno; son ilusiones,
para que se buelva el alma,
el primer amor dispierto
con los zelos que le abrasan. *Sale.*
Esto ha de ser: Bruno? aqui
me importa, que aquessa Dama
se descubra. *Bruno.* Y si acertasse
importarme à mì el llevarla
sin descubrirse, què haremos
con entrambas importancias
encontradas en un palmo
de tierra? *Duque.* Tanta arrogancia,
y desatinos tan locos,
procéden de la privanza
de tu padre; pero advierte,
que si loco te levantas,
que si tan sobervio buelas,
que he de abrasarte las alas,
porque escarmentado temas,
porque despeñado caigas.

Bruno. Duque, ni favor, ni sangre
que presumo que te iguala
(sino te excede) me alienta
à la accion que vès bizarra
en todo tiempo, que fuera
(claro està) notoria infamia
darte licencia cobarde
de conocer esta Dama,
quando en encubrirse estriva
el gusto de que se vaya,
sin que tù sepas quien es.
Señora, el Duque, aunque es tanta
su opinion de gran soldado,
por la de Señor les guarda
à las Damas cortesìa:
bolveros podeis tapada,
que ni el Duque ha de seguiros,
ni havrà quien ofensa os haga,
ni llegue à mirar las huellas
de vuestras hermosas plantas.

Matilde. Todas son desdichas mias:
donde he de veros? *Bruno.* Ya baxa
la noche borrando luces,
pues que la ocasion nos llama
del farao. *Matilde.* Ya os he entendido
en Palacio aguardo. *Vase.*

Duque. Engaña
tus locos atrevimientos
la muerte. *Bruno.* De las palabras
no resultan mas que ofensas.

Quiere seguir el Duque à Matilde.

Beltr. Es tiempo, señor? *Bruno.* Aguarda
Vuecelencia no se empeñe;
porque, juro à Dios, si passa
à darle vista à la calle
por donde fue, que se traiga
mas pesadumbres de verla,
que ahora engendra esperanzas.

Saca el Duque la espada, y Bruno toma la que tiene Beltràn.

Duque. De esta manera respondo.

Beltr.

Beltr. La pobreta và sin baina.
Bruno. A Palacio buelve el Rey,
ya nos ha visto la Guarda.
Duque. Suerte es tuya.
Bruno. Y no de entrambos.
Duq. Donde podrè verte? *Brun.* En Francia,
porque hombres tan conocidos,
aun las piedras los señalan,
y yo te buscarè. *Duque.* Quando?
Bruno. Serà muy tarde mañana?
Duque. No. *Bruno.* Pues à Dios. *Vase.*
Duque. El te guarde. *Vase.*
Dentro voces. Plaza, plaza.
Beltr. Por Dios que el amo me agrada. *Vase.*

Salen dos Criados.

Criado 1. El Rey, que guarde el Cielo,
con mas luceros, que el celeste velo
embidioso descubre, entrando viene.
Criado 2. En vano se previene
la noche occidental brillando estrellas,
porque las Damas son luces mas bellas.

Salen el Rey, el Duque, Matilde, Margarita, Celia, Damas, y acompañamiento.

Rey. No me juzgue Parìs Rey tan severo,
quando alegrarla espero
con las fiestas que veis. *Margar.* Si las honràra
el Delfin. *Rey.* Bueno està. *Margar.* Cuesta muy cara
su prision. *Rey.* Margarita,
no es bueno para Rey quien no me imita.

Vanse todos, y sale Beltràn.

Beltr. O qual està el Salon, poder de Christo!
yo soy miron eterno, y nunca he visto
tanta luz en diamantes, y en faroles,
y he passado los mares Españoles,
y me he hallado en Troya, y en la China,
donde una luz, y otra se arruina.
Ya toma asiento el Rey; tome en buen hora,
que no le estorvo yo mas que el Aurora:
hablando con poetico decoro,
le hace aposento al Sol con rayos de oro.
Sentaronse las Damas,
merece la menor quarenta famas,
aunque si cada fama trae su trompa,
donde havrà tantas que los aires rompa?
Pero mis dudas son bien escusadas,
haviendo trompetas de Parìs sobradas.
Ya vàn tomando puestos los Galanes,
muchos Franceses, pocos Alemanes.
Un arrogante mozo,
con el cabello crespo, rubio el bozo,
llega al lado de Matilde (hà Cielos!
cerrad los ojos, y cubrid los zelos!)
Bizarro mi señor (como en Castilla
dice la seguidilla:
Vive el Cielo de Christo,

que es gentil hombre,
Eſtudiante de dia,
Galàn de noche)
ha entrado ya en la ſala ; aqui hay refriega,
porque al deſcuido à un lado à hablar ſe llega.
Arrojòle al oìdo
palabras venenoſas, que perdido
el color ſe levanta el mozo airado,
valgame San Alberto, ò ſu candado:
mas quien podrà guardar lengua, ni boca,
quando à laſtima tanta me provoca?
Dentr. Prended à Bruno. *Beltr.* Ay Dios! nadie le acude,
nueſtra Señora de Parìs te ayude.
Dent. Duq. El Conde ha muerto. *Beltr.* Yo no he viſto nada,
lo que yo pude vèr, fue la eſtocada:
cayò ſin que pudieſſe detenerle,
y un Clerigo Bretòn llega à abſolverle.
A obſcuras el Salon eſtà en un grito,
que la luz ſe empañò con el delito;
no hallan defenſa, ni deſcubren puertas,
las voces vivas, y las luces muertas:
por aqui ſalen dos bultos, yo me arrugo
à pie, que no es buen potro el de un Verdugo.
Vaſe, y ſalen por una parte Matilde, y por la otra el Duque.
Matil. Huvo deſdicha igual? *Duq.* Quien es? *Matil.* Acaſo
(ſi el temor te concede libre el paſſo)
eres Bruno? *Duque.* Matilde es eſta, Cielos! *ap.*
ya en el olvido ſe engendraron zelos?
aſsi verè què intenta:
yo ſoy, ſeñora. *Al paño Bruno.*
Matilde. Si el valor te alienta,
en tu feròz delito el paſſo mueve,
que eſte favor à la piedad ſe debe,
y à caſa de Dinèo
parte bolando, que en ſu caſa creo,
que encubrirte podràs mientras te embio
con un criado mio
un cavallo, que pueda::- *Bruno.* Hay mayor ſuerte!
Matilde. Librarte del peligro, y de la muerte.
Bruno. Favor es ſoberano en tanto empeño,
ſi bien oigo la voz, ignoro el dueño,
ſin que me dexe en rieſgo tan eſtraño,
què pueda diſcurrir ſobre el engaño. *Vaſe.*
Dentro. Por aqui ſaliò el Rey. *Sale el Rey.*
Rey. Llegad las luces.
Matilde. Bruno, ſi à mi conſejo no reduces *Al Duque.*
el eſpiritu fiero;
verte deſpojo de un Verdugo eſpero. *Vaſe.*

Duque.

Duque. Huvo ſugeto igual? *ap.*
Rey. Llegad, Soldados;
aqui eſtà el matador. *Salen Soldados con luces.*
Duque. Tan aſſombrados *ap.*
obran ya los ſentidos,
que los contemplo agenos, ò dormidos.
Rey. Què es eſto, Duque? quando tù no ſeas
barbaro executor de hazañas feas,
que aun la miſma piedad caſtigos pide,
lo que viviere el Sol que tiempos mide,
por lo menos le amparas, y defiendes.
Duque. Señor, advierte::- *Rey.* Mi paciencia ofendes;
pero Francia verà tal eſcarmiento,
que el aire venga à ſer corto elemento,
para imprimir veloces
de caſtigos feroces,
ſobre el menor culpado.
Aſsi el alto reſpeto, aſsi el ſagrado
decoro ſe quebranta?
viera el Delfin en ſu feròz garganta,
ſi complice le viera,
ſangriento acero, que à Parìs le diera,
entre amarillo eſpanto,
piedad, ſepulcro, aſſombro, luto, y llanto.
A una Torre llevad al Duque luego. *Vaſe.*
Duque. Huvo engaño mas ciego?
pues ya para vencer tantos agravios
ſe me yelan las voces en los labios. *Llevanle preſo.*

Sale Bruno.

Bruno. Haſta aqui dichoſo he ſido,
aunque no han viſto los Cielos
hombre mas malo que yo:
què ſeguro eſtà Dinèo
en ſu Oratorio! ò varon
juſto, que vives ſin miedos
de las humanas deſdichas,
conquiſtando, y mereciendo
el premio, que ya te aguarda
por tus virtudes! No quiero
eſtorvarle ſu oracion,
mientras en eſte ſilencio
me trae el cavallo, que aguardo,
el eſperado remedio.
Aqui eſtà una ſilla, bien
deſcanſar un rato puedo,
que fatigan los delitos
mas que trabajos del cuerpo;
porque en la caſa de un Santo
ſeguro eſtoy, por lo menos,
de que el Rey mande prenderme,
ſiendo ella todo reſpetos. *Sientaſe.*
Valgame Dios! los temores
quando llamaron al ſueño,
ſino es que al ultimo llamen?
còmo no temen los muertos?

Duermeſe, y corren una cortina, y deſcubreſe à Dinèo ſentado con un libro en la mano, y colgado un quadro de un Chriſto, y en un bufete una luz.

Dinèo. Señor, pues à vueſtros ojos
no hay abiſmo tan ſecreto
que ſe oculte, y vos ſabeis
las verdades de mi pecho,
y ſabeis tambien que os ſirvo,
y que merezco los premios
de vueſtra gloria, porque
ſon juſtos vueſtros decretos:
quiero en eſte breve eſpacio,

en eſte mudo ſilencio,
pediros, por ſer tan mio,
de recta juſticia el Cielo.
En mi vida os he ofendido,
y aunque ofenſa no os he hecho,
con diſciplinas, y ayunos
trato, como veis, mi cuerpo.
Pues ſi es Fè, y Fè tan ſegura,
que en vueſtra preſencia es bueno
el que hiciere buenas obras,
y tiene ſeguro aſsiento
en la Bienaventuranza;
yo hago buenas obras; luego
ſeguro tengo el ſalvarme?
ſegura la Gloria tengo?
Muchos, que barbaramente
pecaron, y os ofendieron,
gozan eternos laureles:
que ſois piadoſo os confieſſo;
vueſtra clemencia infinita,
tanto como vos eterno;
mas no he de valerme de ella:
diferenciarme pretendo
de todos quantos ocupan
eſſos eſtrellados velos,
que ellos por vueſtra piedad
ſe ſalvaron, mas yo quiero,
Señor, que vos permitais,
que quando libre del cuerpo
buele el alma, y la juzgueis,
que en el Tribunal ſevero
aſsiſta vueſtra juſticia
no mas, ſi el Cielo merezco
de juſticia, que le alcance,
y de juſticia el infierno,
ſi tambien le mereciere;
que piedad no la pretendo,
ni que me ſuplais con ella
el cuidado mas pequeño.

Aparecen en lo alto dos ſillas, una de Gloria ſobre Dinèo, y otra de fuego ſobre Bruno.

Bruno. O viſion maravilloſa! *Diſpierta.*
Abiertos miro los Cielos,
y una gloria celeſtial
en el alma. *Dinèo.* Si es portento
que me amenaza? (ay de mì!)
donde eſtoy? *Bruno.* Mas còmo pienſo
que yo pueda merecer
lo que indignamente veo,
ſiendo el mayor pecador
que vèn los ojos eternos
de las luces criſtalinas?

Dinèo. Cielos, què ſilla de fuego
es la que mis ojos miran?

Bruno. O què ſoberano aſsiento!
Para quien le guarda Dios?
no para mì, que le ofendo.

Dinèo. Yo ſirvo à Dios rectamente,
injuſtos ſon mis recelos.

Bruno. Si ſon mis obras tan malas,
mal llegarè à ſer ſu dueño.

Dinèo. Yo mi cuerpo mortifico,
ſiendo oracion mi ſuſtento.

Bruno. Mis manjares ſon delitos,
y en ellos miſmos tropiezo.

Dinèo. Apartado eſtoy del mundo.

Bruno. El mundo me tiene ciego.

Dinèo. Pues, Cielos, quien me amenaza?

Sale, y encuentranſe los dos.

Bruno. Mas ha penſamiento necio!
què quimeras has formado,
quando ahora tù eſtàs viendo
tan juſto merecedor
del bien que le ofrece el Cielo?

Dinèo. Hay temores mas villanos?
Aqui eſtàs Bruno? ya veo *ap.*
que la ſilla ardiendo en llamas
ſus culpas la merecieron,
y que los Cielos permiten
que haya viſto eſte portento,
para que le aviſe yo
de ſu deſdicha. O mancebo
infeliz! à què has venido?

Bruno. A buſcar en tì el remedio:
yo matè al Conde Rodulfo
en Palacio, y vengo huyendo
à tu caſa, que es ſagrado
de los peligros, que temo,
mientras eſpero un cavallo,
que ha de ſacarme del rieſgo,
ſi el Cielo tiene piedad
de tan mal hombre. *Dinèo.* O què ciego
eſtàs! O quien le dixera *ap.*
lo que en el paſſo poſtrero
le aguarda de eternas penas!

Bruno. Quien los ſoberanos premios, *ap.*
que

que espera varon tan santo,
le dixera! mas los Cielos
se lo havràn ya revelado
con otros altos misterios.
Dinèo. Bruno, Dios està ofendido
de tus culpas: mis consejos
por ventura seràn oy
los ultimos. *Bruno.* Tendrè en ellos
freno, y guia. *Dinèo.* Buelve à Dios
el alma, y los pensamientos,
y haz penitencia. *Bruno.* Si harè.
Dinèo. Adonde has de ir?
Bruno. A Roma, pienso,
à pedir absolucion
al Pontifice. *Dinèo.* Un concierto
hemos de hacer, por si acaso
no bolvieremos à vernos
en esta vida mortal.
Bruno. Pide, que ya te obedezco.
Dinèo. Que el que primero llegàre
à vèr el terrible estrecho
de la muerte, buelva al mundo
à vèr al otro. *Bruno.* Yo aceto,
como lo permita Dios.
Dinèo. Sì harà, que le obligan ruegos.
Bruno. Pues cumplirè mi palabra.
Dinèo. Vete en paz.
Bruno. Guardete el Cielo:
lleno voy de santa embidia. *ap.*
Dinèo. Quanta lastima le tengo! *ap.*
Bruno. Bienes eternos le llaman. *ap.*
Dinèo. Penando le considero. *ap.*
Bruno. El vendrà lleno de glorias. *ap.*
Dinèo. El vendrà de penas lleno. *ap.*

JORNADA SEGUNDA.

Salen Margarita de gala, y Matilde, y Celia con mantos.

Marg. Si nadie pudo alcanzar
del Rey, que al Delfin le diesse
libertad, ni que le viesse,
mandandole desterrar
por vos, de que à la Rochela,
que se ha revelado ya,
castigue, quien osarà
(aunque la piedad desvela
la osadìa) à suplicar
al Rey, que dè al Duque preso
libertad? *Matilde.* Yo te confiesso
que me osàra aventurar;
mas porque el Duque no crea,
que yo intercedo por èl,
quando tan fiero, y cruel
darme disgustos desea,
la he escusado.
Margar. Pues què medio
para su ruego ha de haver?
Yo, por no darle à entender
que procuro su remedio,
por no dexarte zelosa,
me olvido en la intercession.
Matilde. Mas quiero ya su prision,
que no verte aqui piadosa.
Margar. Pues el pobre Cavallero,
què culpas ha cometido,
para que entre amor, y olvido
sienta el castigo severo
del Rey, quando tù embiaste
el cavallo à Bruno? *Matilde.* Un año,
sin admitir desengaño
que para disculpa baste,
hà que el Rey le tiene preso.
Margar. Admire mas el rigor.
Matilde. El Rey viene. *Sale el Rey.*
Margar. Gran Señor?
Rey. Margarita? *Margar.* Ya es excesso,
teniendo fama tambien
de piadoso. *Rey.* Pues què dices?
Margar. Que no es bien que te eternices
con los que es razon que estèn
bañados de torpe olvido:
por rigorosos, y fieros
Reyes se pierden severos:
donde jamàs ha cabido
la politica crueldad?
Con amagos de crueles
copien sangrientos pinceles
la ciega temeridad
de los barbaros Gentiles,
sin Dios, sin razon, sin ley;
mas siendo Christiano un Rey,
son exemplares muy viles
los de aquella antiguedad,
que mas que severos, necios,

da-

daban en juſtos deſprecios
à la ſagrada piedad.
Dime, ſeñor, pudo ſer
que el Duque no le embiàra
el cavallo. *Rey.* No culpàra,
para llegarle à prender,
tan oſado atrevimiento,
ſi yo miſmo no le viera,
y el nombre de Bruno oyera,
que es el mayor fundamento
para perſuadirme yo,
que ſalvò el Duque ſu vida;
y mientras el homicida,
que mi decoro ofendiò,
no parezca, Margarita,
el Duque preſo ha de eſtàr.
Margar. Eſſo es mandarle matar,
que el ofenſor no te imita,
para ſer tambien cruel
conſigo miſmo, que fuera
ſu crueldad mucho mas fiera,
que la que uſaſte con èl,
ſi à tu poder ſe entregàra.
Tener del Duque piedad,
tambien es gentilidad,
que ſolo un hombre acuſàra,
ſi ha de perder parte en ella
la vida que en ſalvo eſtà.

Sale Beltran.

Beltr. Matilde es eſta; no es ya, *ap.*
porque para hablar con ella,
el Rey me lo ha de eſtorvar.
Rey. Què hombre es eſte?
Beltr. Un eſtudiante,
ya de eſte mundo paſſante,
que quiere reſucitar
deſde la otra hambre ahora,
que es como de la otra vida;
y penſando hallar ſalida
à mi entrada (mucho ignora, *ap.*
ſino penetra mis fines)
vine à Palacio ſin vèr,
que tienen poco poder
con el Rey, ni aun los Delfines.
Supe, al fin, que à Margarita
tu ſobrina viſitaba
Matilde; y como penſaba,
que en el reſplandor imita
el Sol al Rey, y creìa
que te ibas poniendo ya,
entro, y deſcubro que eſtà
tu Ocaſo en el Mediodia:
pues donde quiera que llego,
entre medroſos deſmayos,
echo de vèr que tus rayos,
ſi miro, tocan à fuego:
y aſsi, me quiero bolver
ſin que eſtos ſalones piſe,
haſta que un buho me aviſe,
que te vàs à recoger.
Matilde. Què nuevas traerà Beltràn? *ap.*
Rey. Quien eres? *Beltr.* Soy un Lacayo
Ecleſiaſtico. *Rey.* A quien ſirves?
Beltr. Sirvo à un eterno embarazo
del eſtomago, tan limpio,
que haciendo pruebas de hidalgo,
hay informacion de abono
en todos los quatro quartos.
Havrà un año que le ſirvo,
corriendo plaza de galgo,
èl en Roma, yo en Parìs,
harto os he dicho ſin harto.
Rey. Sirves à Bruno? *Beltr.* De eſpìa,
que yo le eſcribo los caſos
que en Parìs vàn ſucediendo,
y dexo algunos por largos.
Rey. Quales dexas? *Beltr.* Los del Duque.
Rey. Por què? *Beltr.* Porque eſtà canſado
el mundo de verlo preſo,
por decir que diò un cavallo,
pudiendo dar una yegua,
que tiene mas largo paſſo.
Rey. Y no fue grave delito?
Beltr. Yo lo tengo por liviano:
ſi le diera una tortuga,
fuera delito peſado:
para los que vàn huyendo
ſe inventaron los cavallos;
y es para los que pretenden
linda invencion la del aſno.
Verdad es, que he viſto à muchos,
que pretenden en Palacio
muy agudos, y ligeros:
ſeràn aſnos de Gitanos,
que dàn la buena ventura
à los que curſan los patios,

y

y ſolo la tiene buena
San Buenaventura el Santo.
Rey. Y què eſcribe deſde Roma?
Beltr. Que es buen año de garvanzos,
y ſe abriràn muchas fuentes
no mas de por lo barato.
Rey. Y què mas? *Beltr.* No sè por Dios:
digalo èl que queda hablando
con Dinèo. *Matilde.* Vienes loco?
Rey. Con quien? *Beltr.* Apurame tanto
vueſtra Alteza, que dirè,
que deſpues de treinta abrazos
ſe preguntan los ſuceſſos
medroſos, y recatados.
Rey. Bruno en caſa de Dinèo?
Matilde. Huvo mas necio villano? *ap.*
Rey. Al Capitan de la Guarda
llamad luego. *Sale Dinèo.*
Dinèo. En tu Palacio
hay, ſeñor, quien te diſguſte,
que obligarte pueda à tanto,
que deſprecies el ſoſsiego
de tu valor ſoberano?
Rey. Tù eres la ocaſion, Dinèo,
como lo dice el criado
de Bruno, que eſtà en tu caſa.
Dinèo. Valgame el Cielo! tan falto *A Beltr.*
vives de fè, que has vendido
à tu ſeñor? *Beltr.* Buen deſpacho:
yo le he vendido? haſta ahora
ninguno me lo ha comprado.
Rey. Dinèo, es eſto verdad?
Dinèo. Quando èſte lo ha confeſſado,
còmo yo negarlo puedo?
y mas, ſeñor, quando alcanzo,
que es un Rey quien lo pregunta;
y que todo lo criado
de Cielos, y de elementos,
à peſar no viene tanto,
como una mentira leve,
aunque ſirva de reſguardo
à vidas de cien mil hombres?
Bruno eſtà oculto en un quarto
de mi caſa: viene humilde,
arrepentido, y trocado
de aquella paſſada vida,
que le causò ſus trabajos.
Vengo à decirte por èl,
que por el Dios Soberano,
que adoran Angeles puros
infinitamente Santos,
que no tiene culpa el Duque,
que ni le embiò cavallo,
ni fue parte en ſu delito.
Rey. Quien pudo ponerle en ſalvo?
Dinèo. El lo ſabe ſolamente,
que con eſtimarme tanto,
y eſtàr oculto en mi caſa
aquella noche, eſperando
ſu buena, ò mala fortuna,
llevò en ſu pecho guardado
el nombre de quien le ayuda.
Rey. Mas me admiro, y mas me eſpanto
de que lo amparaſſes tù.
Dinèo. Entra en los piadoſos caſos
el que has viſto: fuera juſto,
que yo à tu poder airado
entregaſſe un delincuente?
miralo, ſeñor, de eſpacio,
y abonaràs mi ſilencio.
Rey. Eres Santo, y has templado
parte del enojo mio,
pero no para olvidarlo;
que ha de ſer exemplo al mundo
un loco deſatinado,
que à mi reſpeto ſe atreve,
y con menoſprecios tantos,
que ha dado buelta à Parìs;
pero con mortales paſſos,
que ha de enfrenar el Verdugo,
cortando en un cadahalſo
ſu fementida cabeza.
Cercad la caſa, ſoldados,
de Dinèo, y ſi en defenſa
ſe puſieſſe temerario
Bruno inſolente, matadle.
Dinèo. Pues no le valdrà el ſagrado
de mi caſa humilde? *Beltr.* Echò
la fortuna todo el fallo. *ap.*
Rey. Credito apenas le doy
à la viſta. *Margar.* Deſpeñado *ap.*
de un abiſmo en otro abiſmo,
viene à ſer ſangriento blanco
del enojo, y del poder. *Sale Bruno.*
Bruno. Conmigo el abono traigo
para pagar por el Duque:
ſus

sus lastimas me obligaron,
sabiendo que està sin culpa,
à venir yo à confessarlo:
mandale, señor, soltar,
pues ya me tienes postrado,
y puesto à tus Reales pies. *Arrodillase.*

Margar. Palabra, señor, has dado
de que libraràs al Duque.

Rey. Libre està; pero con cargo
(aunque todos le aboneis)
que pruebe no estàr culpado;
venga à mi presencia luego:
alza del suelo. *Bruno.* Hasta tanto,
que vea tu Magestad
estas Letras, y Despachos
de Hugo, Successor de Pedro
en el Trono soberano
de la Militante Iglesia. *Dale un pliego.*

Rey. Nadie en ella mas Christiano
defensor: soy su Columna,
y el Christianissimo Carlos,
de quien los Hereges tiemblan
sobre sus rebeldes campos:
verè las Letras del Papa.

Dinèo. Suspension merece el caso.

Lee el Rey. Carlos Christianissimo, Rey de Francia, nuestro amado, con la Gracia de Dios nuestro Señor, hemos ordenado de Sacerdote à Bruno.

Repres. Padre, levantad, por Dios,
hasta llegar à mis brazos; *Abrazale.*
que pues el Papa os perdona,
y os levanta à tan sagrado
ministerio, ya sois digno
de comunicar alados
Querubines Trono à Trono,
y aun ellos no alcanzan tanto;
que si en el Cielo le gozan,
vos con Misterios Arcanos
(que solo la Fè penetra)
desde su eterno descanso,
que al lado del Padre vive,
le baxais à vuestras manos:
yo os perdono, y à mi gracia
os buelvo: yo havia guardado
por vuestro grave delito
las Bulas, y los Despachos
de Canonigo en Paris:
mas ya que os he perdonado,
tomareis la possesion
de vuestro Canonicato.

Bruno. De nuevo buelvo à besar
vuestras plantas. *Arrodillase.*

Sale el Duque. Si has hallado
culpa en mì, manda, señor::-

Rey. Basta, Duque: perdonaros
quiero; y assi no averiguo,
si fuistes, ò no culpado.

Duque. Que no lo fui sabe el mundo,
y Bruno, pues à tu amparo
buelve ya. *Beltr.* Què es menester
buscarle à un pobre cavallo
la vida? èl se presentò
ensillado, y enfrenado,
y con buenas herraduras,
diciendo: Dice mi amo,
que nos lleguemos à Roma,
y esto ya lo ha declarado
delante de dos rocines,
que jurando le tomaron
su relincho. *Bruno.* Aparta, necio,
siempre estàs desatinado.

Beltr. Su Alteza gusta de oirme,
que es invencible trabajo
escuchar siempre discretos.
Tambien son hombres humanos
los Reyes: tambien tenemos
necessidad de alegrarlos,
honestamente se entiende,
que es Rey que siempre està algo
consigo, y pueda prestar
severidad à Pilatos.

Dinèo. Señor, con vuestra licencia::-

Rey. Ya sè que os dàn los Palacios
fastidio; pues advertid,
que no es bien que sean los Santos
solo para sì; y los Reyes,
Dinèo, necessitamos
de saludables consejos
de varones señalados
en letras, como en virtudes:
vos sois exemplo, y milagro
del mundo, luz de mi Imperio;
no me negueis vuestros rayos,
que yo los he menester
mas que todos. *Dinèo.* Siempre, Carlos
in-

invicto, estoy obediente,
como à su dueño el esclavo;
pero ahora os certifico,
señor, que me siento falto
de salud; y es el silencio,
y soledad el templado
remedio con que se alivian
mis penas, y mis cuidados.

Rey. Los ayunos, y oraciones
enflaquecen los humanos
alientos, por mas robustos
que se juzguen; no tanto
pide Dios. *Dinèo.* De esta manera
en su Tribunal Sagrado
justifico yo mi causa;
y quando de mis trabajos,
ayunos, y disciplinas
el Cielo estè tan pagado,
que exceda la penitencia
à las culpas, mis hermanos
es justo que participen
de este bien que les alcanzo.

Rey. Pues no quiero deteneros.

Dinèo. El Cielo os guarde los años
que ha menester vuestro Imperio.

Rey. Duque, escuchad. *Habla con el Duque.*

Bruno. No es agravio *A Dinèo.*
detenerte para darte
las gracias, pues à tu amparo
puedo ya decir que vivo.

Dinèo. Quien tan lastimosos casos,
como te aguardan, sabrìa *ap.*
encarecer? Que hayais dado,
señor, lugar que se ordene,
siendo vos tan justo, y sabio,
sabiendo que està precito?
Si yo pudiera librarlo
de tan eternos tormentos,
diera por èl quantos años
os he servido en el mundo;
pues publicais, que os agrado
en aquella silla hermosa,
que para mì señalaron
vuestros divinos decretos.

Bruno. Parece que te has mudado
el color; què pena sientes?
si por la amistad de entrambos
sientes las pecados mios,
porque ya pueda llorarlos;
pide à Dios, pues que le agradas,
que me conceda algun plazo,
si para la menor culpa
puede ser bastante el llanto
de todas las criaturas,
como no supla el sagrado
tesoro de sangre suya,
en cuya fuente se hallaron
los eficaces remedios
de los que à Dios enojamos.

Dinèo. Es verdad; pero no todos
gozaron favores tantos,
como en la sangre de Christo
tiene la Iglesia. *Bruno.* O sagrado
varon! advierte, què dices?
amenazanme tus labios?

Dinèo. No puedo decirte mas. *Vase.*

Bruno. Cayò en el alma un desmayo
mortal (ay de mì!) *Duque.* Señor,
lo que tù ya has decretado,
quien podrà contradecirlo?

Rey. Margarita? *Marg.* Largo espacio
ha durado esta consulta.

Rey. Yo determino casaros.

Duque. Porque yo pierda el sentido. *ap.*

Matilde. Si es con el Duque, sagrado
tendrè à mi llorosa ausencia, *ap.*
pues irè olvidando agravios.

Rey. No respondeis? *Bruno.* Pues aqui
no puedo serviros; Carlos,
dadme licencia. *Rey.* Esperad,
que han de darse aqui las manos,
y haveis vos de ser testigo.

Margar. Hay decreto mas tirano! *ap.*
Señor, advertid, que soy
(si es que no estais olvidado)
sobrina de la difunta
Reyna; que siempre me honraron
en Francia con parabienes
de Esposa::- *Rey.* Decid.

Margar. (Que estraños *ap.*
lances de fortuna, Cielos!
si os he ofendido, vengaos)
del Principe vuestro hijo.

Rey. Heos dicho yo lo contrario?
El Delfin es vuestro Esposo,
que por instantes le aguardo

mas quieto, y mas obediente:
Las bodas, que yo he tratado
por ahora, ſon del Duque,
y Matilde: daos las manos.

Matilde. Contra la miſma eſperanza
bolò la dicha al ſagrado
templo, donde premia Amor
deſeos, y amores caſtos.

Duque. Mi obediencia es vueſtro guſto:
ſeñora, lo que he dudado,
ha ſido el no mereceros.

Matilde. Por lo miſmo me acobardo:
pero ya las dichas mias
alegres ſe coronaron,
contra el tiempo, y la fortuna:
vueſtra ſoy. *Duque.* Yo vueſtro eſclavo.

Danſe los dos las manos.

Bruno. Parece, que haveis querido
juntar à tantos aplauſos
dichoſos, las humildades,
que à vueſtras plantas conſagro,
Trajano Francès, embidia
de Aquiles, y de Alexandro.

Rey. Quiſe con vueſtra preſencia
colmar regocijos tantos,
que no los tendrà menores
vueſtro padre, retirado
de la Corte, con la pena
de vueſtra auſencia: los cargos,
y oficios bolverà à uſar
deſde luego. *Bruno.* Corto eſpacio
es el ambito del mundo,
para que ſirva de eſtrado
à vueſtras plantas, que beſo
humilde. *Arrodillaſe, y el Rey le alza.*

Rey. Alzad à mis brazos:
id à tomar poſſeſsion
de vueſtra Prebenda. *Beltr.* Vamos
à tomar eſſa propina.

Celia. Grandes albricias aguardo
de tu feliz caſamiento.

Matilde. Pues, Celia, yo te las mando.

Vanſe el Rey, el Duque, Margarita, y Matilde.

Beltr. Què hay, mequetrefe con tocas?
ſino has viſto Licenciados
en tu vida, buelve luego,
y abrirè mi cartapacio.

Celia. Señor bufon en Latin,
buelvo luego. *Vaſe.*

Beltr. Pues yo aguardo.

Bruno. Señor, ſi ſecretos vueſtros,
altamente revelados
à varon tan juſto, ordenan
de que yo por hombre ingrato
à tan altos beneficios,
que vos ſabeis explicarlos,
porque no es capaz la vida
con todo el ingenio humano
de quantos mortales viven,
aunque le dieran eſpacio
los ſiglos que ha viſto el mundo
deſde ſu primero caos,
à agradecer, y ſervir
lo que os debo, y nunca os pago:
ſi determinais, Señor,
que llegue el ultimo plazo
de mis culpas, y por ellas
(ay de mì!) eſtoy condenado
à los eternos tormentos,
canten vueſtro nombre ſanto,
y vueſtra recta juſticia,
yo el primero; y ſi penando
mientras vos fueredes vos,
ſin remedio de aplacaros,
ni eſperanza de perdon,
y con la pena de daño,
que es de no veros jamàs,
me permitìs alabaros;
alli, Señor, cantarè
en el fuego en que me abraſo,
en las tinieblas, que piſo,
en las cadenas, que arraſtro,
en las blasfemias, que eſcucho,
dolor todo, y todo llanto:
cantarè alabanzas vueſtras,
hymnos cantarè ſagrados,
como en el ardiente horno
de Babilonia los ſantos
niños, que guardaba el Angel,
Sidrac, Miſac, y Avelenago;
que aunque es diferente el fuego,
ſi èſte feroz, aquel manſo,
èſte, que apenas atizan,
aquel que enciende en regalos;
dadme alli licencia vos,

Cordero ſacrificado,
por tan mal gaſtada vida,
que no ha ſabido agradaros;
y vereis (mas ay de mì !)
que pido lo que no lo alcanzo,
buſco lo que no merezco,
y de impoſsibles me valgo. *Vaſe.*
Beltr. Fueſe ſin bolver el roſtro,
ni llamarme; baſta, ha dado
en Canonigo, pues yo
(ſino me vàn à la mano)
he de dàr en Cardenal,
aunque llegue tropicando
à una eſquina. *Sale Celia.*
Celia. Què me quiere,
ſeñor bachillèr en trapos?
Beltr. Dime, à quien ſirves? que luego
te llevaràn los diablos,
ſino te apodàre bien.
Celia. Pues mire, que los muchachos
quando eſcarban la baſura,
le buſcan para llevarlo
à un molino de papel,
y ha de ſer papel quemado.
Beltr. Pues ſoy yo libro de Hereges,
ò he hecho quartos falſos,
dì, cuñada del menudo?
Celia. A criadas de Palacio
dices tù deſcorteſìas?
Beltr. Dime, què Dama te ha dado
comiſsion de aderezarte
los Sabados? *Celia.* Ha picaño!
yo no ſoy Mondonga. *Beltr.* No?
pues yo sè que tienes callos
de habladora: advierte, pues,
que me como yo las manos
tras una lengua guiſada.
Celia. Poco, y bueno es lo que hablo:
ſirvo à Margarita, y tengo
deſeos::- *Beltr.* De deſpoſado?
Celia. Y havia de ſer èl? *Beltr.* No puedo.
Celia. No puede? *Beltr.* No, que ſoy ſanto.
Celia. Porque es galàn reteñido,
y ſe viſte muy barato.
Beltr. Pues mas barato le buſco;
y he dado ya con el paño.
Celia. Qual es? *Beltr.* Allà miran ojos.
Celia. Quebrados.
Beltr. Tambien hày caſtos;
pues tan malo es un marido,
que ſe ſiente con amagos
de Doctor? y puede ſer
(ſin contarſe por milagro)
que una Cathedra ſe lleve?
Celia. Acueſtas. *Beltr.* Soy bien travado
de la humana arquitectura,
y puedo llevarme un patio
de Eſtudiantes, y al Maeſtro
con la Cathedra, y los bancos:
ſi es oprobio ganapan,
no has de penſar que me agravio,
que lo robuſto es lo heroico,
y lo valadì lo flaco;
y advierte, que las locuras
que ſe contaron de Orlando,
ſi yo le encontràra, fueran
locuras de tres al quarto,
porque yo ſuelo eſpantar::-
Celia. Unas viñas? *Beltr.* Al atajo
saliſte: bien haya ingenio
que dà el azucar tan blanco:
Vèn acà. *Celia.* Diga, y eſteſe.
Beltr. Tambien ſon libros los paſſos,
que me los vedas? pregunto::-
pero vete, que mi amo
buelve à ſaber ſi le ſirvo.
Celia. Y pienſo, que me ha eſcuchado
mi ſeñora. *Beltr.* Ruego à Dios,
que la quiten à un zapato
todo el polevì en las partes,
que te ſirven de deſcanſo.
Celia. Vete, demonio. *Beltr.* No puede
ſin el hiſopo, et mundabor.
Sale Margarita.
Marg. Què haces aqui? *A Celia.*
Beltr. Eſta es pregunta,
ò amenaza? *Celia.* Eſtaba hablando::-
Margar. Con quien?
Beltr. Pues hay mas con quien
que eſta moza? no eſtà en blanco
todo el ſalon? pues con ella
ſerìa ſin preguntarlo.
Margar. Què hablabades?
Beltr. Mucho. *Margar.* Què?
Beltr. Ya ſe ſabe, que en Palacio
ha de ſer honeſto, y puro;

no como el vino de ogaño,
que quando lo estàn midiendo,
parece que arrojan algo,
porque dicen agua và;
y somos tan mentecatos,
que con mojarnos el alma,
lo sufrimos, y pagamos:
pues con esta puridad
me preguntaba::- *Celia.* Temblando *ap.*
tengo el alma. *Beltr.* Si era yo
aficionado à Canarios,
porque ella lo es à Gilgueros.
Margar. A fè que estabais de espacio.
Celia. Què dices hombre? *Beltr.* Concedo:
Regidor, vamos al caso:
sonreìme, y respondila;
yo soy mas aficionado
à Murcielagos, y ahora
tengo en muda tres, ò quatro,
que cantando, es de manera,
que son de la piel del diablo:
y què los dà de comer?
(preguntò) Anìs confitado,
dixe: y ella à los Gilgueros
què les dà? doyles culantro
en vinagre: hace muy bien,
cantaràn como unos sapos.
Marg. Pues id con Dios, y otra vez::-
Beltr. Yo me doy por avisado:
à doncella pajarera? *Vase Margarita.*
Celia. Què?
Beltr. Con mis jaulas te aguardo,
que he de salir à probar
dos Murcielagos al campo,
que tengo en cierto parage. *Vanse.*
Dent. voces. Cuerpo santo, cuerpo santo.
Sale Bruno. Dichoso tù mil veces, seas quien fueres,
que eterna aclamacion del Pueblo adquieres,
con voz tan general, que te apellida
santo en la muerte por tu santa vida.
Esta es la embidia ilustre, y generosa,
que debemos tener, no à la ambiciosa
vana pompa del mundo en dignidades,
honras, puestos, grandezas, Magestades:
quien serà este varon? *Sale el Duque.*
Duque. Bruno, es espanto:
dobla la admiracion de un cuerpo santo;
pues à la castidad, que se recibe,
con digno aplauso el Pueblo se apercibe
à traerle con pompa, y alegrìa;
porque en el Templo tan dichoso dia
el Pueblo goce: el Rey tambien llevado
de un tierno afecto, le obligò el sagrado
decoro, que le debe, y acompaña,
y es poco estilo la mayor campaña
para el concurso alegre, y Religioso.
Bruno. Vuecelencia me dexa mas dudoso:
quien es el muerto vivo? *Duque.* Quien? Dinèo
tu Maestro, y amigo. *Bruno.* Apenas creo;
pero si era mortal mas el espacio, *ap.*
por ser tan breve, que dexò à Palacio,
hace titubear la certidumbre:
ya se apagò la lumbre,
que en la atalaya del exemplo ardia,
que al saludable puerto conducia
en mis naufragios mi cargada nave:

O transito suave!
ò muerte, que à descanso le conduces,
pisando Cielos, y bebiendo luces!
Señor Duque, hasta ahora no he podido
merecer el perdon, que ya le pido,
por mi passado atrevimiento; y crea::-
Duque. Basta, Bruno, que emplea
tu juventud el Cielo en nueva vida,
con que mi enojo de tu amistad se olvida.
Sale Beltràn. Yo no he visto difunto tan sonado:
el alboroto acompañò al cuidado;
y ya està para verle, y celebralle
toda Parìs de patas en la calle.
Bruno. Calla, necio. *Beltr.* Aqui viene de quadrado
lo del mundo abreviado,
y lo de cien mil almas: mas se entiende
con los cuerpos, y todo, que se ofende
todo encarecimiento,
aunque le añadan un millon al cuento
en almas solas (con razon lo gruño)
que cien mil almas caben en un puño.
Musica de bonete
le sale à recibir con su motete;
cada pajaro humano
un Cisne soberano,
de las muertes agenas,
son en las voces càndidas sirenas,
traìdos de Paìses diferentes:
los Tiples de Cambray, y de Alemania;
los Contraltos de Albania,
son tres, ò quatro; y otros son de Escocia,
y algunos hay tambien de Capadocia.

Salen el Rey, Margarita, Matilde, y acompañamiento por un lado, y por el otro Musicos con sobrepellices cantando, y descubrese enmedio un tùmulo, y en èl Dinèo muerto con insignias de Doctor, y bonete.

Rey. Ya espirò la luz de Francia,
ya es forzoso que nos falte
el exemplo, y el consejo:
ya veis elado cadaver,
quien de mì se despidiò,
no sè si han passado instantes,
al tiempo, que fue tan breve,
que yo aun à mis propios ojos
no les concedo el examen.
Dese principio à sus Honras,
y la Capilla le cante
fùnebres Oficios; lleguen
à un mismo tiempo à mezclarse
la pena, y el alegrìa,
que en su muerte entrambas caben.
Musica. Responde mihi quantas habeo iniquitates, * & peccata mea, & quæ dilecta ostende mihi.
Levanta el cuerpo Dinèo, y se echa.
Dinèo. Por justo juicio de Dios
à juicio voy. *Rey.* Què notable
portento! *Matilde.* Valgame el Cielo!
En el pecho apenas cabe *ap.*
el corazon con el miedo
de un prodigio semejante.
Marg. En las venas ha burlado *ap.*
su

ſu propio curſo la ſangre,
y con el turbado aſſombro
me contemplo elada imagen.
Rey. Que un hombre, q̃ aclama el mundo
de vida tan inculpable,
que le llama ſanto à voces,
tiene dudoſo el ſalvarſe;
pues dice, que Dios le llama
à juicio! *Bruno.* Aunque es tan grave,
por maravilloſo, y raro
el ſuceſſo, no ſe eſpante
vueſtra Alteza, ni Parìs
procure eſcandalizarſe,
que và à juicio confieſſa:
què indicios dà, ni ſeñales
de culpas, ni que por ellas
el Cielo le condenaſſe?
Aunque Dios (como ſe ha viſto)
à ſu juicio le llame,
por ſanto le tienen todos;
temeridad fuera grande,
porque Dios le llama à cuentas,
que lo contrario juzgaſſen.
Veamos, ſeñor, ſi de ella
libre, ò condenado ſale;
proſigan, ſi Vueſtra Alteza
guſta, los Oficios. *Rey.* Canten
otra vez, que eſpero en Dios,
que oy ha de canonizarle.
Muſica. Reſponde mihi, &c.
Levantaſe otra vez Dinèo.
Dinèo. En juicio eſtoy. *Rey.* Bolviò
à aviſarnos en el trance,
y afliccion en que ſe vè;
mi valor ha de moſtrarſe
en eſperar el ſuceſſo
prodigioſo, como grande;
pues dice, que eſtà en juicio:
quantos le eſcuchan, aguarden
el fin de tan juſta cuenta,
y proſigaſe adelante
el ſacro Oficio. *Bruno.* O gran Dios,
en tus obras admirable!
Muſica. Reſponde mihi, &c.
Levantaſe Dinèo, y ſe buelve à echar.
Dinèo. Por juſto juicio de Dios
ſalgo condenado. *Rey.* Acabe
el aſſombro de turbar
mis ſentidos. *Bruno.* Mortales
engaños! *Cubren el tumulo.*
Margar. Si el alma ſueña?
Rey. Señor, vos teneis la llave
del humano corazon;
pues que vos le condenaſteis,
vos ſabeis que os ofendiò,
que las pùblicas ſeñales
fueron de ſanto en el mundo;
no hay que eſpantar que ſe engañe:
tan lleno de aſſombro voy,
que el ſoplo ſutil del aire
ſirve à mis plantas de grillos,
ſirve de aliento à mi carcel. *Vaſe.*
Duque. Dinèo ſe condenò?
pues no ſe aſſegure nadie.
Margar. Para bolver en mi acuerdo,
es forzoſo que me engañe,
juzgando por iluſiones
tan manifieſtas verdades.
Matilde. Aun para penſar que ſueño,
juzgo el diſcurſo cobarde.
Vanſe todos, y queda Beltran, y Bruno.
Beltr. Señor? à ſeñor? ahora
que has meneſter animarte
para no ir tras el difunto,
(Bercebù que le acompañe)
me cercenas las palabras?
dime algunas, que me ſaquen
eſte difunto del cuerpo;
porque temo, que ſe arraiguen
de fianzas, y me ſiga
haſta que à mì me amortajen.
Hablame por Dios, que tengo
el alma entre cuero, y carne,
muerta por ſer volatin,
ſaliendo à tomar el aire.
Yo pienſo, que ha ido à buſcar
ſobre prendas que lo valen
un paraſiſmo preſtado,
porque no me falte achaque.
Bruno. Què dices? *Beltr.* Que ſin decir,
amigo, ahì quedan las llaves,
ſe fue à los Pàiſes-Baxos
tu difunto miſerable.
Bruno. Quantos deſengaños tuvo
el mundo deſde el inſtante
que Dios formò ſus criaturas,
paſ-

passando, y corriendo edades:
con ser tales desengaños,
no es possible que le igualen
al que los ojos advierten;
pero puedo consolarme,
que me engañè en presumir
que el Cielo le revelasse
mi perdicion en mi mano
hasta perderme, ò salvarme.
Pues còmo tantas ofensas,
donde hay castigos iguales?
Què aguardo con lo que he visto,
si los que saben guardarse
de los peligros, con tanto
temor, tropiezan, y caen?
Què harè yo tan engolfado
en vicios? Señor, llevadme
donde los ojos no vean,
donde la lengua no hable,
donde à los demàs sentidos
el exercicio les falte,
y solo servirme puedan
mientras os sirvan, y alaben.
Ciudadanos de Parìs,
amigos, que acompañasteis
mis delitos::- *Beltr.* Ya dàs voces?
no le ha quedado un adarme
en los cascos. *Vase.*
Bruno. Bruno os llama
de parte de Dios, de parte
de un temor de aquel juicio,
que manifiestan verdades,
donde son lenguas las obras,
y ellas mismas los Fiscales.
Una vida hay para un alma;
sino sabe aprovecharse,
donde irà en la muerte? amigos,
si quereis acompañarme,
que voy à buscar à Dios,
y seguro voy de hallarle,
si executo los deseos.
Montes de Francia, ocultadme;
sepa Dios no mas, que vivo;
yo mismo à mì no me halle,
sino me buscare en Dios:
aun las mismas soledades
ignoren, que yo las piso,
siendo el silencio el examen
de aquella infalible cuenta,
y de aquel temido alcance.

JORNADA TERCERA.

Sale Beltràn de Gorron.

Beltr. Buen amo encontrè: hace un delito,
y dexame el sustento por escrito;
vase à Roma por todo,
entra en la ida mi sustento, y todo.
Quedè en Parìs de suerte por un año,
que entendì, que el estomago era estraño;
ya no me conocia,
ni aun yo pude saber donde vivia,
hasta que en los Conventos me dixeron
su casa: alli me dieron
señas bastantes, que me consolaban;
pero se me olvidaban;
y era forzoso al ir (desdicha es mia!)
à saberlo otra vez al mediodia.
Todos me maltrataban,
hasta Frayles tambien me sopeaban:
buelve à Parìs Canonigo (què pena!)
y porque el otro santo se condena,

echa por essos trigos,
llorando culpas, y llamando amigos,
para buscar del Cielo los tesoros,
y dexame à la Luna de los Moros;
como si yo (que gusto de salvarme)
no pecàra tambien para enmendarme;
que piensa de este modo,
que èl se lo peca todo,
y no tiene razon, que soy su amigo;
la penitencia ha de partir conmigo,
ò hemos de andar al morro si le encuentro.

Dent.unos. Por acà, por acà. *Otros.* Ya busca el centro
de la montaña el Javalì espumoso.

Beltr. La Duquesa Matilde, con su Esposo,
viene cazando al bosque: yo los llamo,
quizà tendràn noticia de mi amo:
por acà, por acà (lindo descanso!)

Salen Matilde, el Duque, y Criados de caza, con venablos en las manos.

Duque. Donde està el fiero Javalì? *Beltr.* Que es manso.

Matilde. Hasle visto? *Beltr.* Yo no, ni Dios lo quiera.

Matilde. Con la planta ligera,
y el estruendo veloz, que imita al viento,
la lisonja no fue del pensamiento?
la selva atravesò, y al pie del monte,
atalaya gentil de este Orizonte,
se desmintiò à los ojos. *Beltr.* Y à los mios,
y entre peñascos frios
(porque todos se quedan al sereno)
se descubre una boca tan sin freno,
que se podrà tragar los cazadores,
con sus cavallos, aunque sean mayores,
que el que guardò en la panza tanto Griego.

Duque. Cueva es, y bien profunda. *Beltr.* No lo niego.

Matilde. El Javalì entrò en ella? *Beltr.* No señora.

Duque. Echad los perros. *Beltr.* Echen en buen hora.

Matilde. Que en saliendo à lo llano,
aunque del viento vano
se vistiera las alas,
el bosque me verà segunda Palas;
ò en los cavallos del alegre Cinto
roxo el venablo de la sangre tinto.
La Diosa Cazadora,
que al rubricar la Aurora
de blanca luz las Alvas repetidas,
manchaba el venablo en tantas vidas
de las silvestres fieras,
como en plantas ligeras
breve coturno, con galàn decoro,
prestaba al verde campo plàtas de oro.

Duque. Ya la cueva se advierte coronada
de cavallos, y perros. *Beltr.* Y la entrada
acometen feroces,
mezclando los latidos à las voces.

Dent.unos. El Javalì al prado baxa.

Otros. Por allà huye. *Todos.* Ataja, ataja.

Descubrese una obscura gruta, y sale por ella Bruno de Monge.

Bruno. Quien penetrando estas selvas::-
Valgame el Cielo! què miro?

Duque.

Duque. Es imagen que presenta *ap.*
la memoria à los sentidos!
Bruno, què es esto? *Mat.* Es possible
que te descubrimos vivo,
quando de tu oculta ausencia
nacen mortales olvidos!
Bruno. Gasten assombros aprisa, *ap.*
que luego entraràn los mios,
que yo soy de casa, ò cueva,
donde yo prevengo un nicho,
para ser profundo huesped
de madroños, y lentiscos.
Matilde. Padre, descifre esta enigma,
que aunque los ojos la han visto,
no la penetra el discurso.
Bruno. Bien clara està; troquè el siglo
por un assombro; el descuido
por la atencion en que vivo;
por el silencio seguro
el peligroso bullicio;
por la verdad el engaño,
por el recuerdo el olvido,
por pesares los deleites,
por lagrimas los suspiros.
Aquel estupendo caso
de mis desdichas, amigos,
diò b[illegible]eltas al corazon,
tan rebelde, y tan dormido,
que aun no sè si ha dispertado,
siendo el letargo yo mismo.
Voces pronunciè en el Templo,
que las convertì en gemidos,
y salì buscando à Dios:
hà, si los pecados mios
me dexassen darle voces!
mas tanto como infinito
es piadoso, y viene al ruego
de los hombres, como hijos.
Seis generosos mancebos,
que havian cursado conmigo,
como letras, vanidades,
me siguieron, tan vencidos
de mi exemplo (ò ruego à Dios,
que imiten lo que les digo!)
que dexando patria, y padres,
honras, y gustos del siglo,
son Angeles en la tierra:
yo me afrento si los miro;
mas por enmendarme à mì,
alguna vez los corrijo,
porque obedeciendo ganen
el merito de oprimidos;
que el rendir la voluntad,
es el mayor sacrificio.
Llegamos à este desierto,
buscando donde encubrirnos
del mundo, que como à esclavos
nos viene buscando à gritos,
para bolvernos à errar,
siendo la prision sus vicios.
Pero medrosos, y alegres,
para no bolver, venimos
siguiendo à un Pastor, que ufano
nos iba llamando à silvos,
trayendonos al rebaño
de las ovejas de Christo.
Obedeciendo, y callando
al buen Pastor respondimos,
que entiende muy bien por señas
lo que nuestra alma le ha dicho,
poniendo freno à la lengua
con tan dichoso artificio,
que es en las culpas de libre
lo callado su castigo.
Esta cueva nos diò alvergue,
que responde à un corto sitio,
que goza la luz del Sol
entre tarayes, y mirtos,
tan coronada de espinas,
que son murallas de riscos,
que estorvan humanas plantas,
ni aun las nuestras no sentimos,
que en alvergues diferentes
enterrados, aunque vivos,
vigilantes, aunque muertos,
esperamos el preciso
termino, el ultimo trance,
el postrero punto fixo,
donde (como lineas) paran
tantos mortales peligros;
en cuyo centro invisible,
en cuyo infalible archivo
de aquella ignorada cuenta
tiene Dios sellado un libro.
Abre la muerte el volumen
al ultimo parasismo,
y en caractères, que entiende,
vè el alma lo que han escrito.

Espantosa lo confiessa,
que lleva el Fiscal consigo;
y à las culpas (aunque reos)
las admiten por testigos,
sin que se olvide en el cargo
(que en el Juez no cabe olvido)
el descuido mas ligero
de los humanos sentidos.
A dar vamos estas cuentas;
corto, y breve es el camino,
cierto el llegar, pero incierto
el dia de su juicio.
Ya pienso, que estoy en èl:
ò Señor, piedad os pido!
misericordia, Señor,
que os costè precio infinito;
no justicia, no justicia,
sentenciadme como à hijo.

Duque. Padre, aunque tan altamente
la verdad ha conocido,
y por la luz que le enseña,
busca el Cielo, y burla al siglo;
no es bien, que en claustros de peñas,
y cerrado en laberintos
de sombras, viva su exemplo
severamente escondido,
à los que con èl podemos
facilitar el camino
de la celestial morada,
aunque en el siglo vivimos:
si tal vez sombras de nubes
ocultan los rayos limpios
del Sol, sabemos que hay Sol,
y en sus noticias seguimos
sus luces, que nos alientan.
Muy aspero es el principio,
si ha de fundar Religion:
no le estorvo, ni le quito,
que en los desiertos le funde;
pero con Christiano aviso
le aviso, que para Templo,
donde en altos sacrificios
se honre à Dios, es indecente,
como la morada, el sitio:
una cueva es para brutos.

Bruno. Pues, Duque, señor, y amigo,
còmo quiere? *Duque.* Yo no quiero
mas de lo justo: esso pido,
y quiero participar
de sus propios beneficios.
En esse florido Valle,
que sirve de muro al rio,
cuyo cristal besa humilde
la falda à essos pardos riscos,
tengo una casa espaciosa,
donde estarà recogido
con sus Monges, dando al Cielo
silencios, y sacrificios.
Yo labrarè Templo en ella,
si soy de estos bienes digno:
no me niegue este favor,
Padre. *Matilde.* Si los ruegos mios
pueden algo, yo tambien
que la admita le suplico:
su nombre es la Deleytosa,
por lo ameno, y lo florido.

Bruno. Fuera ingrato à tanto bien:
desierto es todo; yo admito
la merced; y ruego al Cielo,
que como yo la recibo,
la pague en bienes eternos.

Duque. Pues estarà prevenido
mientras vamos à avisar,
que desocupen el sitio
mis criados. *Bruno.* Dios aumente
vuestro estado. *Matilde.* Padre mio,
encomiendenos à Dios.

Bruno. Si escucha los ruegos mios,
por ser de un hombre tan malo:
me mostrarè agradecido,
mientras viva, à este favor.

Duque. Gran Varon! *ap.*

Matilde. De Bruno afirmo *ap.*
en la Iglesia Militante
un coronado edificio
de estrellas, que alumbre el mundo:
porque funda su principio
en la profunda humildad,
y desprecio de sì mismo. *Vanse.*

Beltr. Santamente lo han hablado;
pero fue mucho, y prolixo,
que ya estaba rebentando,
siendo el silencio mis grillos.

Bruno. Pues por acà hay mucho mas.

Beltr. De esso no me escandalizo;
porque donde todos callan,
el hablar yo fuera vicio.
Padre, yo le ando à buscar;

pues

pues èl con su buen capricho
tiene esta vida por buena;
yo digo tambien lo mismo.
Bruno. Advierta primero::- *Beltr.* Padre
no se canse; juro à Christo,
que vengo resuelto à ser
un santo à macha martillo.
Bruno. Es muy grande la aspereza,
los ayunos, y silicios.
Beltr. Lo que toca à los ayunos
siempre los traigo conmigo,
y no se haràn de rogar;
en los silicios replico.
Bruno. No hay que replicar. *Beltr.* No hay?
sì hay, y siempre lo ha havido.
No se suele conmutar
la penitencia en oficios
de casa? Pues denme à mì
el peor, y menos limpio;
hagame à mì cocinero.
Bruno. Ponese à mucho peligro.
Beltr. Pues esse es el merecer,
estàr haciendo platillos.
Bruno. Son de yervas. *Beltr.* Sean de flores:
no hay coliflor en el siglo?
la espinaquita no es yerva?
no es yerva el esparraguito,
que sin beneficio humano
lo hallamos por essos trigos?
Una cazolita de ellos
ahogados, y despues fritos:
lastima les tengo cierto
lo que passan de martirios;
y mas si los ahogamos
con un par de torreznitos,
y ciertas yemas de huevos.
Bruno. Jesus mil veces! què ha dicho?
Beltr. Soy gloton en relacion,
y no ha lugar lo que pido:
bolvamonos à las yervas.
Mas desdichado el cortijo, *ap.*
que yo tope, que ha de ser
cada torrezno un cochino,
y cada huevo cien pollos.
Bruno. Hermano, buelvase al siglo;
no es para mi compañia.
Beltr. El no busca la de Christo?
Bruno. Si.
Beltr. Pues cuerpo de èl; què busca
por los campos, y caminos?
Christo no llamaba à todos?
Bruno. Es verdad. *Beltr.* Desechò ripio
del pecador mas rebelde?
y en el ameno distrito
de un Valle, à cinco mil hombres
diòles bretones cocidos?
no les diò pescado, y pan,
que sobrò para otros cinco?
luego Dios quiere que coman,
pues lo quiere con prodigios.
Y el buen San Pedro, à los ojos
de su Maestro bendito
(diga Padre) no se hartaba
de pescado fresco? digo,
que veràn cosas: tambien
querrà quitarnos el vino?
Pues atengome à las bodas,
donde quitò el mismo Christo
la humeda jurisdiccion
al agua, y le diò el oficio
de Presidente de parras
(que todos somos leìdos.)
Padre, comiendo à mis horas,
ni muy breve, ni prolixo,
ayunando, si pudiere,
y rezando mi poquito,
y queriendo bien à todos,
si me dàn lo que les pido,
espero ser un Apostol
de la Mancha. *Bruno.* Mude estilo,
mude condicion, y trato.
Beltr. Recibeme? *Bruno.* Sì recibo;
mas si le tienta el demonio?
Beltr. Tentarme à mì? somos niños?
entre bobos anda el juego:
à què piensa que venimos?
Bruno. Si le tienta con el mundo?
Beltr. Mire, què puñal buìdo!
no es redondo el mundo, Padre?
pues en llegando falsito
à tentar, con una coz
rodarà el mundo hasta el Limbo.
No dexe caer à plomo
desde arriba, que es mal vicio;
porque si cae, yo me doy
por abollado, y perdido;
pero no piense, que temo,
que caiga con edificios.

Bruno. Pues con què? *Beltr.* Con majaderos:
traiga todos ſus amigos
el ſeor diablo, y el ſo carne,
que no ſe me dà dos pitos;
no venga èl con majaderos,
y paren, que à todos digo:
hay Avito? *Bruno.* Para algunos
que vienen, nos prevenimos
de limoſnas, que nos dàn:
entre, que es tan corto el ſitio,
que en entrando le hallarà.
Beltr. En entrando me ſantiguo,
que ſino por lo devoto,
por lo obſcuro: Otro poquito
me falta que preguntar:
ſi el Papa, à ſus ruegos pios,
confirma ſu Religion,
què nombre tendrà?
Bruno. Ya he eſcrito
en mi devocion el nombre:
ſerà el de Cartuja. *Beltr.* Lindo!
pero ſi de quando en quando
(no ſiempre) à ratos perdidos,
viniera una Cartujita
con quien parlar? Mas ya ha dicho,
que es el ſilencio ſu Regla.
Bruno. Què dice? *Beltr.* Mil deſatinos. *Vaſe.*
Bruno. Valgame el Cielo! ay de mì!
què barbaro penſamiento
halla eſcandoloſo aſsiento
en mi alma? No me vì,
aun quando al mundo ſervì,
tan ciego: ò Señor, què harè?
donde librarme podrè
de tan fiero, y torpe abiſmo,
que me averguenzo yo miſmo
de penſar, que yo lo sè?
Matilde (ha Cielos!) parece,
que aquella breve centella
muerta en mì, ſin luz en ella,
abraſado incendio crece:
todo el Infierno me ofrece
tan deſatinado ardor;
y en ſujeto ſuperior,
donde tantas prendas veo;
porque haſta en el deſeo
ſea eſcandalo mayor.
No miras, que es gran ſeñora?
no miras, que eſtà caſada,
ſu virtud acreditada
con piedad, que mueſtra ahora?
Bruno, que ſus culpas llora?
Mas ya, enemigo, entendì,
que aumentas mi fuego aqui
callando, porque has temido,
que por la voz eſparcido
pueda apartarſe de mì.
Donde irè ſin ir conmigo?
que muevo un monte peſado.
Al paño el Demonio, que lo harà Matilde.
Matilde. En Matilde transformado,
los paſſos de Bruno ſigo:
huyò el mundo, y le perſigo
haſta que buelva à caer
para pecar, y ofender
al Cielo, à quien buſca ya:
baſtante ocaſion ſerà
la viſta de una muger.
Bruno. Valedme, Cielos! *Matilde.* Yo llego.
Bruno. Ni el deſierto eſtà ſeguro?
Matilde. Aſsi ſu muerte procuro.
Bruno. En la nieve hay tanto fuego?
Matilde. Caiga deſpeñado, y ciego
en torpe imaginacion.
Bruno. Tan eſclava la razon,
ſiendo del alma ſeñora?
Matilde. Su fuego ſe aumenta ahora
en ſu miſma confuſion. *Sale.*
Bruno, ſi en Parìs me diſte
favor::- *Bruno.* O ſeñora!
Matilde. Advierte::-
Bruno. Si el fuego tan cerca eſtaba,
què mucho que le temieſſe? *ap.*
Matilde. Como diſte por mi cauſa
al Conde Rodulfo muerte,
no pude ſeguir tus paſſos,
dexando à Francia, ò ponerme
en la ſugecion de tuya,
queriendo deſpues mi ſuerte
infeliz, y la obediencia
del Rey, que al Duque le dieſſe
la mano; mas tan forzada,
que padecerè mil muertes
antes que buelva à ſus ojos,
de mì aborrecidos ſiempre,
al paſſo que yo te eſtimo.
Bruno. Pues què dices? pues què quieres?
Mira tus obligaciones;

mi-

mira blasones que pierdes;
mira, que asi te destruyes,
y que à todo el Cielo ofendes;
y mira, que à mi que soy
ceniza, que al mundo muere,
no es bien, si elada la miras,
que con tu aliento la quemes:
buelvete, señora. *Matilde.* Es tarde.
Bruno. Què es lo que intentas?
Matilde. Valerme
de tì. *Bruno.* Pues còmo, si ahora
es mejor que lo remedies?
Matilde. El delito de ausentarme
ya le cometì. *Bruno.* Bien puedes
decirle, que te perdiste
cazando. *Matilde.* No me aconsejes:
quando adoro tus memorias,
pagas mi amor con desdenes?
si de tu pecho me arrojas,
no me arrojes de tu alvergue,
donde me encubra del Duque.
Entrase por la cueva.
Bruno. Señora, aguarda, detente::-
Es esto posible, Cielos?
pero pensemos, que duermen
los sentidos, porque apenas
con pensamientos crueles
me ofreciò el lascivo amor
à Matilde, porque dexe
el camino de enmendarme,
quando la advierto presente,
que piense que registraba
en lo interior lo mas fuerte
de esta tentacion: Dios mio,
pues yo no puedo, valedme:
huir es lo mas seguro,
que entrò en mi casa la muerte:
pero què nuevos prodigios
turbada vista me ofrecen?
Salen el Duque, y Matilde.
Duque. Passos alentados pide
la devocion; ella mueve
los nuestros; ya tiene casa,
donde dilatarse puede:
porque este desierto junte
à lo terrible lo alegre,
y tenga con lo espacioso
alivios lo penitente.
Matilde. Y para el dichoso Templo,
que labrar el Duque ofrece,
le ofrezco yo de mi parte:
Parece que se divierte,
y el don que ofrezco no admite?
serà por no merecerle.
Bruno. No me divierto, señora;
mas si tan piadosa quiere
que el don que ofrece reciba::-
Què sueño, què encanto es este? *ap.*
no entrò en la cueva Matilde
huyendo del Duque? *Matilde.* Dexe
suspensiones, y proponga
lo que pide; porque acete
ricos ornamentos, Padre,
que el aplauso los celèbre,
si para el Divino Oficio
lo humano à lucir se atreve.
Bruno. Yo aceto mercedes tantas;
pero quiero mas mercedes,
pues las ofreciò. *Matilde.* Pues diga.
Bruno. Que afectosamente ruegue
à Dios, que me libre à mi
de mi mismo. *Matilde.* Pues no tiene
oracion continua, Padre?
Sus compañeros no pueden,
como Angeles de la tierra,
hacer que al Cielo penetren
con peticiones tan justas?
Impropia cosa parece
à muger, que està en el siglo,
pedir que à Dios le encomiende.
Bruno. Mas de lo que piensa importa:
Vuecelencia no me niegue
este favor. *Matilde.* Yo le pido
à Dios tan humildemente,
como sè que es admirable
en prodigios, que le lleve
por sendas de su justicia,
y que persevere siempre
en el celestial camino
que sigue: que Dios le cuente
en el numero escogido
de los que la Iglesia tiene
canonizados por Santos.
Bruno. Permita, que humilde bese
sus plantas por tal favor. *Arrodillase.*
Matilde. Levante, Padre. *Bruno.* Parece
que mi fuego le ha templado *ap.*
la materia que lo enciende.
Dent.

Dent.Dem. Venciste, Bruno, venciste.
Duque. Què voz los aires suspende?
Bruno. Ya te conozco, enemigo; *ap.*
Dios venciò, Dios solo puede.
Serà de algun Cazador,
que echa por el monte redes
para animalejos simples,
que en su descuido los prende.

Sale un Cazador.

Cazad. El Rey bolando una Garza
al Valle frondoso viene
con la Princesa. *Duque.* Lleguemos
à recibirle, pues quiere
su buena dicha, que el Rey
venga para honrarle, y verle.
Matilde. Entre à llamar entretanto
à sus compañeros fieles,
que le siguen como à norte;
porque à descansar los lleve
de los naufragios del mundo,
adonde vivan, y reynen. *Vanse.*
Bruno. Ellos me sirven de guia,
de ellos mi rudeza aprende:
què alegre voy à llamarlos!
que tambien el Cielo quiere,
que en los trabajos del cuerpo
no estèn los rigores siempre
sin algun alivio: en casa
mayor viviràn alegres,
templando la penitencia,
porque mejor perseveren.

Al querer entrar en la cueva sale por ella el Demonio en figura de dragon.

Cielos, què miro? mas ya
conoce el alma quien eres,
disfrazado habitador
de aquella morada ardiente,
donde las penas se doblan
al passo que se padecen.
Si la entrada me resistes,
mira que es un Cielo breve,
que hombres Angeles la habitan;
y à tì, pues el Cielo pierdes,
obscuros abismos toca,
para que los vivas siempre.
Si ya te vence una voz
en la virtud del que vence,
còmo à ofenderme te arrojas?
còmo à esperarme te atreves?
Mas tù me veràs armado
de la que rompiò tu frente,
pues con ella muerto Christo,
venciò, y destruyò la muerte.

Hace de unos ramos una Cruz.

De este laurèl la he formado:
ò quan buena sombra tiene!
pues à su amparo, tus rayos
son exhalaciones leves:
huye, dragon. *Demon.* Mal resisto
la que temì tantas veces:
si à Christo sigues, què mucho
que con sus armas me vences?

Hundèse echando llamas.

Bruno. Vencerà aquesta señal
todo el Infierno. *Sale Beltràn de Donado.*
Beltr. Què quiere,
Padre, pues la Cruz me enseña?
No soy Donado silvestre,
con barruntos de lagarto,
hecho un santo penitente?
Mireme bien, que no soy
el demonio que le tiente:
Beltràn soy, sin alquitràn
ni resina, considere,
que me bauticè en la Mancha,
con ser lugar sin aceite,
y que fueron mis Padrinos
Juan Gayofo, y Cosme Perez;
la Comadre Inès de Arenas,
y el Sacristan Tribulete.
Padre, està en muda, responda?
entre amagos no se entiende
callar tanto de una vez,
aunque el silencio professe.
Què dice? si vì al demonio?
yo soy poco entremetido:
es el otro mi pariente,
para que yo le visite? *Hace señas Bruno.*
Què dice de seis, ò siete?
la Oracion del Huerto? no:
pues què dices? que me acueste?
hable, cuerpo de San Cosme.
Bruno. Assi quiero que se enseñe *ap.*
à callar: entro à avisarles. *Vase.*
Beltr. Que sin responder me dexe!
la Cruz me puso delante:
una de dos; ò èl me tiene
por demonio, ò ahorcado;

pe-

pero ahorcado sin gente?
sino es que me ahorque yo
por mi devocion adrede:
mas los demonios no comen:
yo no como; pues bien pueden
pensar que soy Bercebù
hecho, y derecho: si fuesse
tal mi dicha, como dàn
comissiones diferentes
à los demonios, que salen
para que à los hombres tienten;
crea el señor Lucifer,
que de quantos se le buelven
tentadores chavacanos,
que andan hechos mequetrefes,
que el demonio chapeton
si un quarto de hora se viesse
entre assadores, y ollas,
que todo un barrio trasciendes,
crea que no me empachàra
en peregiles, ni pebres. *Vase.*

Sale Bruno. O Monges compañeros!
bellissimos luceros:
ya espero que algun dia
sereis luciente guia
en las tinieblas en que el mundo vive,
su penitente vida el Cielo escribe.

Den. Dinèo. Bruno. *Brun.* Valgame el Cielo!
què voz medrosa en el texido velo
del pardo bosque suena,
doloroso testigo de mi pena?

Dinèo. Bruno. *Bruno.* Si es la que veo
la imagen espantosa de Dinèo?

Aparece Dinèo rodeado de llamas.

Dinèo. Bruno, escucha, advierte:
Por mandado de Dios eterna muerte
padezco; mi sobervia loca, y vana,
limitò la Justicia soberana;
y despeñème yo, como el lucero,
q̃ trueca en sõbra el resplãdor primero,
de quiẽ el Alva, y Sol, aun no formados,
de rayos coronados (ran,
fueran simples bosquexos, sõmbras fue-
como en presẽcia del Querub se vieran.
Perdiò toda esta luz desvanecido,
sobervio siempre, nunca arrepentido;
y como mi sobervia (loca empressa!)
saliò de la turquesa
del que ha de padecer eternos dias;
parece que sus penas son las mias,
y que por ser sobervios los intentos,
nos hã servido à entrãbos sus tormẽtos.
La palabra nos dimos, Bruno, un dia,
que al mundo bolveria
quien muriesse primero
à vèr al otro (què tormento fiero!)
ya yo te lo he cumplido,
grangèa humilde lo q̃ yo he perdido,
sirvate mi exẽplar de assõbro, y miedo,
que es lo que darte puedo, (citos,
si hay bien alguno en los q̃ estàn pre-
porque son mis tormentos infinitos.

Bruno. Tan grandes son? *Dinèo.* Si fueran
tan ligeros, que apenas lo sintieran,
bastàra, para ser su mal terrible,
perderse la esperanza en lo impossible;
mas son tales las penas del Infierno,
que compite lo ardiente con lo eterno.
El fuego material, que se eterniza
en la parda ceniza,
en que resuelve un monte peña à peña,
que tanto horror enseña
à los mortales ojos de los hombres,
es con el que padezco (no te assombres)
Aura suave, que en las flores vive:
ni el labio alcance, ni la pluma escribe
(aunq̃ del ingenio se remonte el buelo
con estudio, y desvelo) (punto
una sombra, un bosquexo, un rasgo, un
del que estoy padeciendo.

Bruno. No pregunto
tan eternas desdichas.

Dinèo. Ve las obras, si las temes dichas;
aunque todo es amago, y es pintura
de aquel tormento que por siglos dura.

Hundese todo, y salen el Rey, Margarita, Matilde, el Duque, Celia, y acompañamiento.

Duque. A la falda de este monte
se vè la cueva. *Rey.* Llamemos,
que alli se descubre un hombre.

Duque. Bruno es, señor. *Brun.* Ya ha llegado
el Rey? dexad que me postre,
gran señor, à vuestras plantas.

Rey. La Magestad reconoce
por mayores las virtudes:
Angel sois, que no sois hombre:
celestial es vuestra vida;

no hay verdad que mas me informe,
que haver despreciado el mundo,
y querer humilde, y pobre
tener por casa una cueva,
y tener por patria un bosque:
venid, que he de acompañaros.
Bruno. Pues còmo? *Rey.* Venid, adonde
os señala casa el Duque;
que no es razon que le estorve
lograr tan justos deseos,
si el Cielo assi lo dispone.
Matilde. Padre, no es bien que se escuse,
quando ya el gusto conoce
del Rey: y quando estuviera
en mas distante Orizonte
la casa que le señalan,
passando incultas Regiones,
donde el Sol fuera estrangero,
fieras sus habitadores, *Suena Musica.*
yo tambien le acompañara.
Margar. Dulces instrumentos se oyen,
y por el aire esparcidas
suenan celestiales voces.
Rey. Maravilloso prodigio!
Cielo se convierte el monte.
Musica. Recibe el favor del Rey,
porque en su amparo se apoye
el mas glorioso principio,
que han admirado los hombres.
Bruno. Mi obediencia es la respuesta.
Rey. Bien es que los buenos se honren.
Aparece un Angel en un Trono de Gloria.
Angel. Carlos (à quien llama el mundo
por tu piedad, y justicia,
Christianissimo, heredando
la sangre, y nobleza antigua
de aquel grande Clodovèo,
à quien el Cielo eterniza,
dandole las Lises de oro,
que tantos favores cifran)
por la proteccion, y amparo
de Bruno, el Cielo, que estima
piedad tan heroica, quiere
que te alegres en las dichas
de tu hijo, pues bolviendo
(despues que diò à Margarita
mano de esposo) à librar
de tan nuevas heregìas,
dos Provincias de tu Reyno,
(que Arrianos, y Husitas
inficionaban) juntando
con valor, y con Fè viva
Catholicos Esquadrones:
oy ha dexado teñida
la temerosa campaña
en fiera sangre enemiga,
con la victoria mayor,
que las Historias publican.
Rey. A tan altos beneficios,
bien es que el alma se rinda
agradecida, y humilde.
Angel. Bruno, tu guarda, y tu guia
soy: parte à Roma, que el Papa
tiene ya por mì noticia
de los heroicos deseos
con que à Dios te sacrificas;
y ha de confirmar tu Regla
en tan penitente vida.
Y para que entienda el mundo
con què principio caminas;
mirad, los que estais presentes,
prodigiosas maravillas
de estas Estrellas de Francia,
de quien el Sol tiene embidia.
Descubrense en seis nichos de yervas los seis Monges con diferentes penitencias, y sobre sus cabezas una Estrella, y otra sobre la de Bruno.
Bruno. Venid, Angeles humanos,
que el mismo Rey os combida,
y el Duque os ofrece casa. *Cierrase.*
Beltr. Y en essa casa hay cocina?
Bruno. Calle, hermano. *Beltr.* Una palabra
me falta no mas. *Bruno.* Pues diga.
Beltr. Que es tan medroso el Poeta,
aunque su humildad le rinda,
de ver que en tan rudos versos
tantas Estrellas se eclipsan.

F I N.

Con Licencia: En Valencia, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, en donde se hallarà esta, y otras de diferentes Titulos. Año 1762.

Muerto que habla

amor, celos, venganzas y arrepentimiento

ciendo el compromiso de que el que muera primero visitará al otro en la tierra.

ta. Logra escapar y es culpado de matador el duque, que se encontra próximo al lugar. Bruno va a casa de Lisseo para esconderse y luego huir del país. Se sienta a descansar en una silla que de pronto se ilumina. Tal suceso llena de pánico a Liseo que ve en esto un mal aguero para Bruno. Ambos amigos se despiden más tarde, ha-

